

## LA MUJER EN LA BIBLIA

El tema de la mujer, siempre de actualidad, goza en nuestros días de extraordinario relieve: se la estudia y considera desde los más variados puntos de vista, no siempre con el respeto y dignidad debidos a su nobilísima misión. Recurrir a las fuentes bíblicas ofrece una doble ventaja: lejana perspectiva, que se hunde en los orígenes mismos de la humanidad, y enfoque espiritual, inherente a todo lo relacionado con el Sagrado Libro.

En el Volumen XI (1962) de esta MISCELÁNEA (pp. 19-42) figura un excelente y bien documentado trabajo del P. Rafael Criado, S. I., sobre «La mujer en el Antiguo Testamento».

Volviendo sobre el tema, insertamos la conferencia, o más bien amistosa charla, pronunciada por Margot Bremer, alumna de la Facultad de Teología de Granada (Cartuja), en el ciclo sobre «La revolución femenina», organizado en esta ciudad, que nos presenta una visión netamente favorable en la concepción de la mujer tal como aparece en el Antiguo Testamento en primer lugar, y, a continuación, en el Nuevo, con agudeza y fina intuición femenina. Esta posición, muy acertada, a nuestro juicio, contrasta con la visión peyorativa que tantos autores, incluso ilustres escriturarios se han empeñado en exponer de la mujer hebrea considerada a través de la historia y la literatura bíblica.

D. G. M.

### INTRODUCCIÓN

Como buena germana, debería empezar con una pequeña introducción, explicando lo incompleto, fragmentario y limitado de mi exposición sobre el tema; pero renuncio a hacerlo, demostrando con esto cuánto ha influido la mentalidad española en mí. Mi compatriota el teólogo Karl Rahner lo sabe expresar mucho mejor que yo, como pueden ustedes comprobar en el prefacio de cualquier libro suyo. Sin embargo, no pue-

de renunciar a manifestarles mi primera sorpresa en el curso de la preparación de este trabajo: la imagen de la mujer en la Biblia aparece positiva o negativa, según el concepto que de la misma tiene cada autor, sea el hagiógrafo del A. T., sea el evangelista del Nuevo, el apóstol de las cartas pastorales, o bien el exegeta de hoy que interpreta esos textos bíblicos. Para encontrar el sentido profundo encerrado en un tema, nos solemos acercar a los textos bíblicos ya con cierto prejuicio —en su sentido positivo—, cierta pre-comprensión. Como mujer, mi pre-comprensión, al estudiar las referencias bíblicas que he de aducir, no ha sido de índole negativa. Espero que así me lo han de reconocer.

La Biblia tiene fama, al menos en ciertos sectores y en el área popular, de ser *antifeminista*, y son muchas las personas que repiten algunas citas referentes a la mujer, que no son precisamente galanterías. Pero, a mi juicio, no somos justos si nos formamos un juicio completo acerca de la mujer en la Biblia a base de esas citas. Es cierto que en las religiones orientales, como en general en esos pueblos, la mujer nunca ha gozado de una conceptualización favorable. El alemán Winternitz dice a este propósito: "La mujer ha sido siempre la mejor amiga de la religión; pero la religión no ha sido siempre amiga de la mujer."

A la mujer israelita, como después a la cristiana, hay que verla en el conjunto de la apreciación general de la mujer en el Próximo Oriente en los tiempos antiguos. En el rápido recorrido que vamos a hacer, podremos observar que gozaba, al menos en un principio, de especiales prerrogativas, *a pesar* de la vecindad de otras religiones, con las que la mosaica tuvo recíprocas influencias.

## DESARROLLO DE LA MUJER EN LA BIBLIA

### ESQUEMA

#### I. *En el Antiguo Testamento*

1. El ideal de la mujer en el relato de la creación.
2. Imagen de la mujer en los libros históricos.
3. Renovación y sublimación del ideal de la mujer en los Profetas.

4. La mujer en los Libros Sapienciales.
5. Resumen.

## II. *En el Nuevo Testamento*

1. El ideal de la mujer en el nuevo orden, o “nueva creación”, revelado por Jesucristo.
2. La mujer vista a través de las Epístolas de San Pablo.
3. Resumen.

### *Conclusión.*

#### 1. *El ideal de la mujer en el relato de la creación*

El autor de este relato, que en realidad debe ser considerado, en su redacción formal, como una especie de “profecía retrospectiva”, redactada por el yahvista en el siglo X a. C., vive en un ambiente social de concubinato, poligamia, divorcio y, en suma, desprecio de la mujer, dentro del cual traza el ideal paradisiaco de ésta. En Gn 2<sup>21-22</sup> se narra la creación de la mujer a partir del hombre: “Entonces Yahvé Dios hizo caer un profundo sueño sobre el hombre, el cual se durmió. Y le quitó una de sus costillas, rellenando el vacío con carne. De la costilla que Yahvé Dios había tomado del hombre formó una mujer y la llevó ante el hombre”<sup>1</sup>. Con su sentido antropomórfico, el autor bíblico hace nacer a la mujer del costado —como si dijéramos, en realidad, del corazón— del hombre. En el hecho de que ella esté formada de lo más íntimo del hombre, quiero mostrar, no sólo que está verdaderamente emparentada con él, sino también que debe tener su sitio en el corazón mismo del hombre. Como la mujer comparte la propia naturaleza de éste y, por tanto, su misma dignidad de vida, sólo ella puede ser su condigna compañera. De ahí que a continuación se añada: “Por eso deja el hombre a su padre y a su madre y se une a su mujer, y se hacen una sola carne” (Ibid. v. 24). Es su pareja y complemento, en la cual encuentra un interlocutor, que haga posible el diálogo y el encuentro. Con ella puede formar una comunidad de vida profundamente humana: “Serán una sola carne”

<sup>1</sup> Las citas se han tomado de la versión española de la Biblia de Jerusalén.

(l.c.; cfr. it. 2<sup>18</sup>). Ya no está solo, Dios le ha regalado “una ayuda adecuada”, como se dice textualmente en versículos anteriores: “Dijo luego Yahvé Dios: “No es bueno que el hombre esté solo. Voy a hacerle una ayuda adecuada”. Y Yahvé Dios formó del suelo todos los animales del campo y todas las aves del cielo y los llevó ante el hombre para ver cómo los llamaba, y para que cada ser viviente tuviese el nombre que el hombre le diera. Y el hombre puso nombre a todos los ganados...; mas para el hombre no encontró ayuda adecuada” (2<sup>18-20</sup>). El hagiógrafo quiere dejar bien patente que el animal no pertenece a la misma naturaleza del hombre, y que no es un partido digno de él. Solamente la mujer está a su altura; por eso, cuando le fue presentada, él constata: “Entonces exclamó: Esta vez sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne; ésta será llamada varona, porque del varón ha sido tomada” (2<sup>23</sup>).

Adán (barro, tierra) se reconoce en ella; la llama varona, *'iššāh*, y al mismo tiempo se da un nuevo nombre a sí mismo: varón, *'iš*, forma masculina del mismo. Delante de ella él no es simplemente *Adán*, hombre genéricamente, sino que se reconoce, en ese nuevo aspecto, como hombre (ser humano) en la complejidad de varón y varona. Notemos, de paso, que el llamado “primer relato de la creación, de origen sacerdotal, acentúa este aspecto. “Dijo Dios: “Hagamos al hombre a imagen nuestra, según nuestra semejanza, y *dominen* en los peces del mar, en las aves del cielo... y creó Dios el hombre a imagen suya: a imagen de Dios le creó, macho y hembra los creó” (Gn 1<sup>26-27</sup>). Las palabras hebreas *'iš* e *'iššāh* se derivan etimológicamente, con toda probabilidad, de la misma raíz *'anaš*, existente en árabe, con la idea de “sociabilidad”, de manera que encaja perfectamente en este caso en la acepción de completa coincidencia de naturaleza, pero con diversidad de sexo. Solamente este fenómeno de bisexualidad lleva a una relación entre ellos, una comunión y un intercambio, puesto que la primera mujer fue formada del hombre, pero, ante todo, por razón de la unidad.

Algunas religiones de Oriente relacionan a la mujer con la tierra y su fertilidad. En Mesopotamia, p. e., la diosa Ištar simboliza la fecundidad. La Biblia, sin embargo, la identifica más bien con la idea de vida, puesto que el sentido del nombre “Eva”

es el de "madre de los vivientes", como en el mismo texto bíblico se indica (3<sup>20</sup>). Las promesas divinas se transmiten a través de las generaciones del pueblo de Israel, cuya continuidad asegura la mujer como portadora de la vida, y con ella, a la vez, dichas promesas: "Enemistad pondré en tí y la mujer, y entre tu linaje y su linaje; él te pisará la cabeza mientras acechas tú su calcañar" (Gn 3<sup>15</sup>).

En consecuencia: los primeros capítulos del Génesis nos presentan la mujer bajo el siguiente triple aspecto:

1.º Ella comparte con el hombre una misma naturaleza y dignidad;

2.º Su función y destino es ser ayuda y complemento adecuado del varón;

3.º Como madre, es portadora de la vida, no solamente en un sentido natural, sino salvífico.

## 2. *La realidad de la imagen de la mujer en los libros históricos*

De ese ideal que dejamos expuesto, descendamos ahora a la realidad posterior. En algunos textos bíblicos (Pentateuco, Jueces) quizá se adviertan reminiscencias de un derecho matriarcal, p. e., "La joven (Rebeca) corrió a anunciar a casa de su madre todas estas cosas" (Gn 24<sup>28</sup>)<sup>2</sup>; pero más adelante evidentemente es el hombre quien ocupa el lugar preferente con respecto a la mujer.

Por todo el Oriente en aquellos tiempos la mujer era considerada como una posesión del marido. Israel no es una excepción, puesto que su derecho matrimonial, p. e., está dominado por el principio del patriarcado. Mientras la muchacha está soltera, su *ba'al*, "su propietario", es el padre, cuya autoridad pasa al esposo al casarse ella. Entonces la mujer es propiedad del marido, y si éste es vendido como esclavo, ella deberá seguirle en la esclavitud; y si queda libre, ella recupera igualmente la libertad. "Cuando compres un esclavo hebreo, servirá seis años, y el séptimo quedará libre, sin pagar rescate. Si entró solo, solo saldrá; si tenía mujer, su mujer saldrá con él" (Ex 21<sup>2-3</sup>). Asimismo el marido puede desaprobar los votos formulados por su mujer: "Si se casa cuando todavía está ligada

<sup>2</sup> Cfr. ítem Lv 19<sup>3</sup> y Jc 8<sup>19</sup>.

por sus votos y por un compromiso que inconsideradamente contrajeron sus labios, si su marido se entera y el mismo día que se entera, no la desapruueba, serán firmes sus votos y los compromisos que adquirió serán válidos. Pero si el día en que se entera su marido, lo desapruueba, anula el voto que la obligaba y el compromiso que inconsiderablemente contrajeron sus labios. Yahvé no se lo tendrá en cuenta" (Nm 30<sup>7-9</sup>). En cambio, el voto de una viuda mantiene su fuerza: "El voto de una mujer viuda o repudiada y todos los compromisos contraídos por ella serán firmes" (Ib. v. 10). En esto las costumbres de Israel son comunes con las de los pueblos orientales. Sin embargo, ya en la historia de los Patriarcas se advierten ciertas formas de tránsito hacia otra estructura en la cual la mujer goza de más alta valoración. Por ejemplo, en los contratos matrimoniales se tiene ampliamente en cuenta la voluntad e inclinación de la muchacha: "Yo dije a mi señor: ¿'Y si acaso no me sigue la mujer?' (Gn 24<sup>39</sup>). Y más adelante: "Llamaron, pues, a Rebeca y le dijeron: '¿Qué, te vas con este hombre?'. 'Me voy', contestó ella". (Ib. v. 58).

También tenemos notables ejemplos de simpatía, cariño y entrañable fidelidad entre hombre y mujer en el matrimonio: "Jacob estaba enamorado de Raquel" (Gn 29<sup>18</sup>); "Sirvió, pues, Jacob por Raquel 7 años, que se le antojaron como unos cuantos días, de tanto que la amaba" (Ib. v. 20); "Isaac introdujo a Rebeca en la tienda de Sara su madre; la tomó por mujer y la amó; así se consoló Isaac de la pérdida de su madre" (Gn 24<sup>67</sup>); "Elcana, su marido, le decía: 'Ana, ¿por qué lloras y no comes? ¿Es que no soy yo para ti mejor que diez hijos?' (I Sm 1<sup>8</sup>). Otro ejemplo de valoración de la mujer en Israel es el cambio del sentido del precio de novia, que se convierte aquí en un regalo una donación *propter nuptias* a favor de la novia. "Ahí tienes delante a Rebeca; tómala y vete, y sea ella mujer del hijo de tu señor...'. Cuando el siervo de Abraham oyó lo que decían, adoró a Yahvé en tierra. Acto seguido sacó el siervo objetos de plata y oro y vestidos, y se los dio a Rebeca. También hizo regalos a su hermano y a su madre" (Gn 24<sup>51-53</sup>).

Dentro de la familia la esposa ocupa una posición de relativa influencia y libertad, como se deduce de los siguientes textos. "Rebeca estaba escuchando la conversación de Isaac con

su hijo Esaú: Este se fue al campo a cazar alguna pieza para el padre y entonces Rebeca dijo a su hijo Jacob: 'Acabo de oír a tu padre que hablaba con tu hermano Esaú... Pues bien, hijo mío, hazme caso en lo que voy a recomendarte...' Dícele su madre: 'Sobre mí tu maldición, hijo mío. Tú obedéceme; basta con eso' (Gn 27<sup>5-6, 13</sup>). "Dijo entonces Saray a Abraham: 'Mi agravio recaiga sobre tí. Yo puse mi esclava en tu seno, pero, al verse ella encinta, me mira con desprecio. Juzgue Yahvé entre nosotros dos.' Respondió Abraham a Saray: ¡Ahí tienes a tu esclava en tus manos. Haz con ella como mejor te parezca" (Ib. 16<sup>5-6</sup>). "Elcana, su marido (de Ana), le respondió: 'Haz lo que mejor te parezca hasta que lo destetes..." (I Sm 1<sup>28</sup>).

La mujer, como ama de casa, puede invitar a quien quiera, "Un día pasaba Eliseo por Sunam. Había allí una mujer principal, que le invitó con insistencia para que se quedara a comer; y después, siempre que pasaba, iba allí a comer. Dijo ella a su marido: 'Mira, sé que es un santo hombre de Dios, que siempre viene por casa. Vamos a hacerle una pequeña alcoba de fábrica en la terraza y le pondremos en ella una cama, una mesa, una silla y una lámpara, y cuando venga por casa, que se retire allí..." (II R 4<sup>8-13</sup>). Abigail, la esposa de Nabal, da un ejemplo todavía mayor de esa independencia en sus acciones de que gozaba la mujer israelita (vid. I Sm 25<sup>18-19</sup>).

Pero, indudablemente, la dicha mayor consistía en ser madre. Muchas mujeres hebreas han pasado a la historia aureoladas de un gran amor maternal, tales como la madre de Moisés; Ana, la madre de Samuel; la madre de los siete hermanos Macabeos. "Admirable de todo punto y digna de glorioso recuerdo fue aquella madre, que, al ver morir a sus siete hijos en el espacio de un solo día, sufría con valor... Animaba a cada uno de ellos en su lenguaje patrio y, llena de generosos sentimientos y estimulando con ardor varonil sus reflexiones de mujer, les decía..." (II Mc 7<sup>20-21</sup>). Prueba de esa alta consideración tributada a la maternidad es que a veces para alabar a un personaje, bendicen a su madre, la que los ha dado a luz y los ha criado, costumbre que vemos perduraba en tiempos de Jesucristo. "Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu seno. ¿Y de dónde a mí que la madre de mi señor venga a mí? (Lc 1<sup>24-43</sup>). "¡Dichoso el seno que te llevó y los pechos que te criaron!" (Ib. 11<sup>27</sup>).

Incluso en la política jugaba la mujer en ocasiones un papel destacado. Hay "profetisas" como Miriam (Ex 15<sup>20</sup>), jueces femeninos como Hulda (II R 22<sup>14</sup>) y más destacadamente todavía, Débora. "En aquel tiempo Débora, una profetisa, mujer de Lapidot, era juez en Israel. Se sentaba bajo la palmera de Débora, entre Ramá y Betel, en la montaña de Efraím; y los israelitas subían adonde ella para resolver sus pleitos" (Jc 4<sup>4</sup>). Las grandes mujeres de la historia de Israel, Judit y Ester, salvan a su pueblo comportándose con heroísmo varonil. "Respondió Judit: 'Escuchadme, voy a hacer algo cuyo recuerdo perdurará entre los hijos de nuestra raza de generación en generación'" (Jd 8<sup>32</sup>). "Ester mandó que respondieran a Mardoqueo: 'Vete a reunir a todos los judíos que hay en Susa y ayunad por mí. No comáis ni bebáis durante tres días y tres noches. También yo y mis siervas ayunaremos. Y así a pesar de la ley, me presentaré ante el rey; y si tengo que morir, moriré'" (Est 4<sup>16</sup>).

Hasta ahora la imagen de la mujer que vamos exponiendo presenta rasgos amables; pero en la época postexilica aparecen sombras oscuras que enturbian esa visión optimista. En la época helenística el pueblo judío sufrió el influjo de la cultura griega, y la mujer israelita se vio casi en la misma condición que sus contemporáneas griegas, las cuales apenas tuvieron parte en el gobierno de su casa y menos aún en la vida social. Consecuencias de esta posición desprestigiada de la mujer fueron el concubinato y la poligamia.

Un reflejo de este cambio en el concepto de la mujer vemos en la disposición del Templo, pues mientras en los dos primeros Templos de Jerusalén no consta existiera discriminación entre hombres y mujeres respecto a los accesos del Templo, el construido por Herodes tenía un patio aparte para la mujeres, quince escalones más bajo que el de los hombres. En la sinagoga no cuenta para nada el número de las mujeres asistentes; para el oficio se requiere la presencia de un número de diez hombres. La desconsideración de los rabinos respecto a la mujer se ve patente en la fórmula ritual. "Bendito sea Dios, porque no me hizo mujer" que, naturalmente pronuncian sólo los hombres y, en su lugar, dicen las mujeres. "Bendito sea Dios, que me hizo conforme a su voluntad". Sin embargo, algunos, para suavizar el mal efecto que pudiera causar esa frase, la explican, por lo me-



nos ingeniosamente, en el sentido del privilegio que supone para el varón la obligación —que no alcanza a las mujeres— del rezo diario sinagogal.

De lo dicho se desprende que en el decurso de los siglos la imagen bíblica de la mujer se fue desfigurando o difuminando a favor del hombre. En un principio la mujer israelita goza de una valoración superior a la que tenían sus congéneres en los pueblos vecinos; pero después del exilio se advierte un retroceso. En cuanto los israelitas ponen su confianza en sus propias fuerzas y en sus obras, el símbolo de la mujer como “madre de los vivientes” y fuente de la vida va desapareciendo. Vemos, pues, un claro contraste entre el alto ideal paradisiaco y la realidad histórica.

### 3. *Renovación y sublimación del ideal de la mujer en los Profetas.*

Contra esa tendencia de confiar solamente en las propias fuerzas y no en las promesas divinas luchan los Profetas. Algunos de ellos emplean reiteradamente el símil del amor entre marido y mujer para ponderar el de Yahvé a la nación israelita, partiendo naturalmente de la monogamia y de la más estricta fidelidad, con lo cual, siquiera de un modo indirecto, elevan la consideración de la mujer. “Yahvé es testigo entre ti y la esposa de la juventud, a la que tú traicionaste, siendo así que ella era tu compañera y la mujer de tu alianza. ¿No ha hecho él un solo ser, que tiene carne y aliento de vida? Y este uno, ¿qué busca? Una posteridad dada por Dios... No traicionéis a la esposa de vuestra juventud, pues yo odio el repudio, dice Yahvé” (MI 2<sup>14-15</sup>).

La fidelidad, el amor, la misericordia y los cuidados de Yahvé para con su pueblo resultan muy apropiados para una comprensión más profunda en las relaciones entre hombre y mujer. El apartarse de Yahvé, sobre todo para caer en la idolatría, se considera como un adulterio. Numerosos son los pasajes donde se emplea este lenguaje, reavivado incluso a veces, como en Oseas, con el realismo de la acción simbólica. “Dijo Yahvé a Oseas: ‘Ve, tómate una mujer dada a la prostitución, porque la tierra se está prostituyendo enteramente, apartándose de Yahvé” (Os 1<sup>2</sup>, ítem 3<sup>1</sup>). En Isaías y Jeremías se leen regaladas

frases en la línea de este simbolismo del amor conyugal como expresión del amor de Yahvé a su pueblo. "De tí recuerdo tu cariño juvenil, el amor de tu noviazgo, aquel seguirme tú por el desierto" (Jr 2<sup>a</sup>). "Tu esposo es tu Hacedor, Yahvé Sebaot es su nombre; y el que te rescata, el Santo de Israel, Dios de toda la tierra se llama. Porque como a mujer abandonada y de contristado espíritu te llamó Yahvé; y la mujer de tu juventud ¿es repudiada? dice tu Dios. Por un breve instante te abandoné; pero con gran compasión te recogeré... No se dirá de tí jamás "Abandonada", ni de tu tierra se dirá jamás "Desolada", sino que a tí se te llamará "Mi Complacencia" y a tu tierra "Desposada", porque Yahvé se complacerá en tí y tu tierra será desposada. Porque como se casa joven con doncella, se casará contigo tu edificador, y con gozo de esposo por su novia se gozará por tí tu Dios" (Is 62<sup>3-5</sup>).

Oseas anuncia su mensaje con su propia vida: él ama todavía a la esposa adúltera y revela con eso que Yahvé persigue con su amor al pueblo infiel de Israel. Aquí se va esbozando una nueva dimensión dentro de la relación entre hombre y mujer: una personalización. El marido ultrajado quiere reconciliarse con la mujer de su juventud, porque no ha conseguido olvidarla. Oseas perservera, a pesar de todo, en su amor, lo cual solamente es posible en una relación interpersonal, abriendo de ese modo una perspectiva dinámica: el regalo al otro de poder comenzar de nuevo. Es evidente que sin una gran estima del amor entre hombre y mujer habría resultado ininteligible la comparación del amor de Yahvé a su pueblo. El valor de una relación tan marcadamente interpersonal presupone que la dignidad de la mujer se está nuevamente restaurando. Esta renovación y a la vez profundización del ideal de la mujer en la creación se expresa con la estimación de la monogamia en los siglos en que actuaron esos Profetas.

#### 4. *La mujer en los Libros Sapienciales*

En estos libros encontramos frases y apreciaciones sorprendentes acerca de la mujer: tremendas diatribas y regalados requiebros. Prescindamos de aquéllas y recordemos solamente el bellissimo idilio del Cantar de los Cantares y el elogio de la mujer perfecta, final del libro de los Proverbios. Este elogio lo en-

tendieron también algunos escribas en sentido alegórico, como descripción de la Sabiduría personificada; pero los detalles de la vida hogareña y social que se incluyen encierran una innegable elevada valoración de la mujer en sus más nobles aspectos. La figura de la Sabiduría es frecuente verla personificada en Israel y en otros pueblos del antiguo Oriente, en una mujer, como demostración palpable del poder de Dios, que se sirve de instrumentos débiles.

La corriente sapiencial en los pueblos orientales se presenta como un arte de bien vivir y una señal de buena educación; tiene una clara proyección moral, como también pragmática y hasta un tanto utilitaria. Pero con estas categorías no es fácil comprender a la mujer, puesto que ésta se deja comprender ante todo en la categoría del amor. Al "*Cogito, ergo sum*", de Descartes, podría contraponerse, desde el punto de vista de la mujer: "*Amo, ergo sum*", lo cual, en realidad, no implica una diferenciación en la esencia, sino más bien en la acentuación, dado que tanto el hombre como la mujer deben llevar en sí las dos dimensiones.

Por esta razón he renunciado a un estudio más detenido de la literatura sapiencial en orden a la mujer.

##### 5. *Resumen de la I Parte*

A mi juicio, se puede constatar en el A. Testamento una evolución bilateral en el concepto de la mujer. El ideal supremo de la persona femenina se nos transmite en el relato de la creación: la mujer, con respecto al hombre, está considerada como su ayuda y complemento. Juntamente con él constituye el ser humano. Esta relación es un reflejo de la relación entre Yahvé y su pueblo. Pero Israel se ha desviado de esta línea muchas veces por su infidelidad. Consecuencia: el menosprecio de la mujer con respecto al hombre (poligamia comparada con politeísmo, idolatría con adulterio). En el judaísmo contemporáneo de Jesucristo se advierten dos corrientes: por un lado, servidumbre y menosprecio de la mujer, representados por el grupo fariseo, demasiado confiados en sí mismos; por otro, una gran estimación de la mujer en cuanto madre y esposa, manifestada en el sector de los que siguen fieles al mensaje de los Profetas y confiados en las promesas de Yahvé.

## I I.

1. *El ideal de la mujer en el nuevo orden, o "nueva creación", revelado por Jesucristo.*

Jesús restablece el concepto ideal de la mujer tal como respaldado en el A. Testamento y rechaza la deformación rabínica, patente en la "dureza de corazón" de los judíos en cuanto a las mujeres", proclamando paladinamente que "al principio no fue así" (Mt 19<sup>8</sup>). El retrocede a la pureza primitiva de la imagen de la mujer: ella es, al igual que el hombre, persona ante Dios. Con su actitud y enseñanza Cristo declara que el hecho de ser mujer u hombre nada prejuzga en el orden de la "nueva creación" que El viene a instaurar. Lo que cuenta es la aceptación o el rechazo de su mensaje. "Estos son mi madre y mis hermanos. Quien cumpla la voluntad de Dios, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre" (Mr 3<sup>35</sup>).

En su predicación Cristo anuncia el reinado de los cielos en parábolas que reflejan el ambiente de la vida del hombre y que tienen su contrapolo y complemento en parábolas del ambiente de la vida de la mujer; tales, p. e. La oveja perdida - La dracma extraviada; La mostaza en el campo - La levadura en la casa. Las narraciones que versan sobre asuntos de los hombres que se acercan a Jesucristo tienen también a veces su complemento femenino: p. ej., el centurión de Cafarnaún y la mujer cananea, entre los paganos de fe ejemplar; Simeón y Ana; Nicodemo y la Samaritana; el amigo obstinado y la viuda insistente, etc. A la mujer encorvada la llama "hija de Abraham" (Lc 13<sup>16</sup>), contra la costumbre judía, demostrando así que la mujer participa lo mismo que el hombre de la promesa hecha al Padre de los creyentes. El cura a la suegra de Pedro tomando su mano, detalle que contradice los usos judaicos (Mr 1<sup>31</sup>), pues los rabinos ni aun debían mirar a la mujer, menos todavía tocar su mano. Instruye a las mujeres, p. e., a Marta y María, cuando al menos en un sector de los judíos se consideraba improcedente enseñar a la mujer las altas cuestiones religiosas. Se deja lavar los pies por una mujer, en una época en que se consideraba indigno de un judío dejarse servir en tales me-

nesteres por una mujer, pues para ello preferían a los esclavos (Lc 7<sup>37</sup>).

También en la acción salvadora incorpora Cristo a la mujer. A María Magdalena se la ha llamado "Apóstola apostolorum" (Jn 20<sup>11</sup>), y los exegetas ven también un sentido más profundo que el meramente literal en las palabras de Cristo en la cruz dirigidas a su madre y al discípulo predilecto, un sentido de mediadora, intercesora y hasta corredentora del género humano.

Hasta llegó a decir Porfirio, filósofo neoplatónico del siglo III, al ver el papel tan importante que desempeñaba la mujer cristiana, que la Iglesia de Cristo estaba dominada por las mujeres, achacándoles que hasta distribuían ellas los oficios eclesiásticos, lo cual si evidentemente era una exageración, demostraba al menos la perspicacia del filósofo, pues veía claramente que el concepto de la mujer había cambiado de un modo radical y comenzaba una nueva era.

En resumen: En la economía de la Redención o nueva creación, reaparecen el hombre y la mujer con la misma dignidad; Cristo ha revelado en su vida terrena lo que Dios pretende y "estaba oculto desde la creación del mundo" (Mt 13<sup>35</sup>).

## 2. *La mujer a través de las Epístolas de San Pablo*

Desde los comienzos de la Iglesia las mujeres pertenecían a la comunidad cristiana con plenitud de derechos. "Todos ellos perseveraban en la oración con un mismo espíritu en compañía de algunas mujeres..." (Hch 1<sup>14</sup>). "(Consciente de su situación, Pedro) marchó a casa de María, madre de Juan, por sobrenombre Marcos, donde se hallaban muchos reunidos en oración" (Ib. 12<sup>12</sup>). Las mujeres, en especial las viudas, son llamadas colaboradoras en la obra eclesiástica. En las listas de recuerdos de sus cartas, Pablo menciona y saluda a las mujeres como hermanas y colaboradoras. "Os recomiendo a Febe, nuestra hermana, diaconisa de la iglesia de Cencreas..., pues ella ha sido protectora de muchos, incluso de mí mismo. Saludad a Prisca y Aquila, colaboradores míos en Cristo Jesús" (Rm 16<sup>1-3</sup>). El Apóstol de los gentiles elabora una nueva Teología sobre la mujer, demostrando que la discriminación de sexos es una teoría superada por Cristo. La nueva categoría es sencii-

llamente: "Sóis hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús" (Gl 3<sup>26</sup>). La mujer queda equiparada al hombre en la esperanza de la vida eterna. Como un eco de Gn 1<sup>27</sup>, se afirma en la misma epístola: "...os *habéis revestido de Cristo*: ya no hay judío ni griego ni esclavo ni libre, ni hombre ni mujer, ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús" (Ib. 3<sup>27-28</sup>).

Algunos exegetas e historiadores creen haber descubierto cierta tendencia desfavorable respecto a la mujer en la Iglesia primitiva. Corrientes antifeministas impidieron a las comunidades realizar el ideal de la mujer que Cristo había esbozado en su mensaje. Tal orientación pudiera obedecer a influencias del montanismo, con sus sacerdotisas en conexión con la adoración de diosas. Por otra parte se manifiesta en Corinto un movimiento feminístico en pro de la libertad de la mujer, con rasgos helenísticos. Contra ellas clama San Pablo en el capítulo 11 de la I Carta a los corintios. El signo exterior de libertad que proclaman estas mujeres es ir sin velo. El Apóstol aduce una explicación teológica de por qué la mujer tiene que cubrirse la cabeza: "El hombre no debe cubrirse la cabeza pues es imagen y reflejo de Dios; pero la mujer es reflejo del hombre; ni fue creado el hombre por razón de la mujer, sino la mujer por razón del hombre" (I Cor 11<sup>7-9</sup>). Afirma aquí la subordinación de la mujer al hombre. Su argumento teológico se basa en el orden de la creación, según el cual la mujer procede del hombre. Pero no se trata de una pérdida de la dignidad femenina, sino que Pablo hace ver más bien que existe una ley fundamental de dependencia que abarca toda la economía de la primitiva creación y de la nueva creación: "La cabeza de todo hombre es Cristo, y la cabeza de la mujer es el hombre, y la cabeza de Cristo es Dios" (I Cor 11<sup>3</sup>); y "Cuando hayan sido sometidas a él todas las cosas, entonces también el Hijo se someterá a aquél que ha sometido a El todas las cosas, para que Dios sea todo en todo" (Ib. 15<sup>28</sup>). La subordinación de Cristo al Padre la expresa Pablo con los mismos términos que la subordinación de la mujer al hombre.

Cuando el Apóstol afirma que la mujer debe callarse en la asamblea comunitaria, no intenta proclamar ninguna ley divina, sino conservar el orden y la disciplina en la reunión cristiana. "Como en todas las iglesias de los santos, las mujeres cá-

llense en las asambleas; que no les está permitido tomar la palabra; antes bien estén sumisas, como también la Ley dice. Así como ningún don de lenguas está permitido sin intérprete (cfr. I Cor 14<sup>30</sup>) y así como un profeta tiene que callarse si algún otro asistente tiene una revelación (Ibíd. v. 30), de igual manera la mujer debe guardar silencio cuando desearía hablar, preguntando más bien para su propio adoctrinamiento. En la I Carta a Timoteo insiste el Apóstol en el mismo pensamiento: "No permito que la mujer enseñe ni que domine al hombre; que se mantenga en silencio. Porque Adán fue formado primero y Eva en segundo lugar. Y el engañado no fue Adán, sino la mujer, que, seducida, incurrió en la transgresión. Con todo, se salvará por su maternidad mientras persevere con modestia en la fe, en la caridad y en la santidad" (I Tm 2<sup>12-15</sup>).

La menguada influencia y libertad que, a pesar de todo, tuviera la mujer en la Iglesia en el siglo I, puede tener su explicación, además de las mencionadas corrientes en boga entre los corintios y el peligro del montanismo, en el hecho de que después de la destrucción de Jerusalén (70 d.C.) muchos judíos de la Diáspora se convirtieron al cristianismo conservando sus pristinas teorías respecto a la mujer.

En el campo de la caridad la mujer siguió ganando terreno. Dos grupos de mujeres se granjearon en poco tiempo gran estima: las viudas, que rezaban por la comunidad, y las diaconisas, que se dedicaban al cuidado de los enfermos y al bautismo de las catecúmenas. En la *Didascalia* (2.<sup>a</sup> mitad del siglo III), podemos leer:

- el obispo está para vosotros en lugar de Dios;
- el diácono está en lugar de Cristo y debéis amarle;
- la diaconisa debe ser venerada por vosotros como el Espíritu Santo ("Espíritu" tiene en las lenguas siriaca y hebrea género femenino);
- los ancianos sean venerados como los Apóstoles;
- las viudas y los huérfanos sean venerados como el altar.

Vanamente buscaríamos en el Antiguo Testamento semejante posición social de la mujer. El afán de realizar la exigencia de Cristo referente al amor al prójimo impulsaba a romper las barreras de seculares tradiciones para crear formas nuevas.

### 3. *Resumen de la II Parte*

Podríamos decir que el juicio de San Pablo acerca de la mujer no es del todo transparente, sino más bien bilateral: por un lado sigue la nueva línea de Jesucristo respecto a la mujer cuando afirma que en Cristo no haya diferencia entre hombre y mujer, refiriéndose a su obra misionera; por otro él es todavía esclavo del concepto rabinico cuando esboza su Teología de la sumisión de la mujer al hombre. La misma comunidad cristiana se ve influenciada por el rabinismo, no solamente por el "Rabí" Saulo convertido en el Apóstol Pablo, sino, también, por su nueva misión: al formar la nueva comunidad cristiana, busca modelos en los círculos judíos. Además se diría no tiene especial interés en modificar las estructuras sociológicas en las que la mujer de entonces estaba encarcelada, porque esperaban la próxima *parusia* de Cristo, y con El, un nuevo orden definitivo.

El ideal de la mujer en la nueva creación, tal como Cristo lo ha dado por su actuación y su predicación, como hemos visto, no se ve plenamente realizado en la Iglesia primitiva.

#### *Conclusión*

A través del Antiguo y del Nuevo Testamento, se observa un desarrollo de la imagen de la mujer, no en línea recta, sino quebrada, con retrocesos, y ante todo constatamos marcada discrepancia entre el ideal y la realidad en ambos Testamentos.

En el A. T. la posición de la mujer está descrita por medio de la relación hombre-mujer y su comparación con Dios-pueblo, así como, también, por su función salvífica de ser madre. La realidad, empero, habla un lenguaje algo distinto, si bien a veces no sabemos nada, o muy poco, de una época referente a este asunto. Sin embargo, es notorio que los relatos históricos y libros proféticos demuestran un descenso de nivel respecto al susodicho ideal, que, con su renovación, consigue una profundización.

El N. T. acentúa la idiosincrasia femenina en la colaboración misionera dentro de la Iglesia y la igualdad entre hombre y mujer en la fe, que no hace desaparecer su sexo, pero lo trasciende. En cuanto a la Iglesia, ha realizado a través de los



siglos esa nueva imagen de la mujer en la nueva creación, aspecto que, por su gran panorámica, sobrepasa los límites de este tema.

*Margot Bremer*